



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

John



DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

Día 23 de mayo a las 19:00 horas
Acto de Graduación del **Curso**
2025/2026



DISCURSO DE GRADUACIONES

Dr. P. Antonio Allende Felgueroso SJ
Rector

“Encontrar por quién ser valientes”

QUERIDOS GRADUADOS Y GRADUADAS,
QUERIDO PADRINO PROFESOR GARROCHO,
QUERIDA ALUMNA MARÍA ZAZO,
QUERIDOS FAMILIARES,
VICERRECTORAS, DECANOS Y DIRECTORES,
DIGNÍSIMAS AUTORIDADES,
PROFESORADO Y PERSONAL DE ADMINISTRACIÓN Y SERVICIOS,
SEÑORAS Y SEÑORES.

Estamos celebrando hoy horas de estudio, trabajos entregados de madrugada, exámenes que parecían imposibles, decisiones difíciles, cambios de rumbo en la vida, dudas, aprendizajes y también amistades, descubrimientos y momentos que probablemente recordaréis toda la vida. Celebramos hoy la culminación de un recorrido exigente y transformador.

Queridos graduados y graduadas, enhorabuena. Vuestro esfuerzo, vuestra perseverancia y vuestro compromiso os han traído hasta aquí. Esta ceremonia es testimonio de vuestro trabajo y, al mismo tiempo, marca el comienzo de nuevos y apasionantes caminos.

Recibir una formación en instituciones como Comillas o en la Escuela Universitaria de Enfermería de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios es mucho más que adquirir competencias técnicas. Significa, como nos decía María, formar parte de una larga tradición educativa que, como todas las obras de la Compañía de Jesús, está profundamente arraigada en la realidad de cada lugar —en una ciudad, en un país, en una cultura— y, al mismo tiempo, abierta al horizonte global, a las necesidades y esperanzas de la humanidad. Dondequiera que vayáis por el mundo, seguramente encontraréis un colegio de la Compañía de Jesús, una universidad de la Compañía de Jesús, un centro de atención sanitaria de los hermanos de San Juan de Dios, un hospital. Nuestro deseo es que este “meter todo el mundo en nuestras aulas” os haya ayudado a mirarlo con profundidad, con compasión y con sentido de responsabilidad.

Quiero dar las gracias, seguramente en vuestro nombre y también en el nuestro, a quienes a veces viven estas graduaciones con la misma intensidad que vosotros: a vuestras familias, que son quienes os han sostenido cuando ni siquiera vosotros estabais seguros de poder llegar hasta aquí. Aquí están sentados detrás de vosotros, apoyándoos continuamente, como lo han hecho todos estos años de formación. Para ellos, os pido un aplauso.

Gracias también a profesores e investigadores, que no solo transmitís conocimientos, sino que ayudáis a despertar preguntas importantes en vuestros estudiantes. Y también gracias al personal que hace posible la vida cotidiana de una universidad: quienes gestionan horarios, bibliotecas, laboratorios, el servicio de becas, las aulas, plataformas, incidencias informáticas, mantenimiento y seguridad. Han estado aquí presentes desde que habéis llegado, están ahora cuidándonos en esta sala y estarán después sirviéndonos el cóctel. Son personas que, a pesar de que la universidad no podría funcionar sin ellas, rara vez reciben aplausos. Hoy también es su día; es la culminación de su trabajo; por esto es por lo que trabajan. Por eso también os pido un aplauso para ellos.

Nadie se gradúa solo. Nadie llega solo hasta aquí. La universidad puede parecer a veces una experiencia muy individual —mis notas, mi carrera, mi futuro—, pero en realidad toda vida humana es una vida compartida. Aprendemos gracias a otros, crecemos gracias a otros, nos sostenemos gracias a otros; nos hacemos unos a otros. Aprendemos a hablar porque alguien nos habló primero, aprendemos a confiar porque alguien nos sostuvo, descubrimos quiénes somos gracias a que alguien nos ha mirado, a que alguien nos ha cuidado, a que alguien nos ha exigido. Incluso nuestra libertad depende de una red previa de afectos, instituciones y personas que hacen posible este crecimiento.

Pensar que uno puede construirse completamente solo no solo es falso, sino que es peligroso: produce vidas aparentemente exitosas, pero profundamente solitarias; produce sociedades donde todos compiten, pero pocos se sienten responsables de los demás; produce personas

capaces de triunfar, pero que al mismo tiempo tienen que pagar el precio de no pertenecer a nada.

La vida nos llevará lejos, a otras ciudades, a otros trabajos, a otros países. Tendréis responsabilidades nuevas y desafíos que todavía no podéis imaginar. Pero ojalá recordéis esto: ya lleváis una comunidad inscrita en vuestro corazón. Lleváis las voces de quienes os educaron, el afecto de quienes caminaron a vuestro lado y el ejemplo de quienes creyeron en vosotros incluso antes de que vosotros mismos lo hicierais. Quizás el verdadero éxito tampoco consista en llegar lejos, sino en convertirnos para otros —como nos invitaba el profesor Garrocho— en la misma clase de presencia que un día hizo posible vuestro propio camino.

David Foster Wallace decía que la verdadera educación consiste en aprender a salir de la configuración por defecto del ego, esa tendencia espontánea a pensar que nosotros somos el centro de todo. Probablemente tiene razón: la madurez comienza cuando descubrimos que el mundo no gira alrededor de nosotros. No confundáis el éxito con la plenitud de la vida, con una vida digna, bien vivida y feliz. Éxito y vida plena son dos cosas distintas: no necesariamente contrapuestas, pero claramente distintas.

Con frecuencia confundimos la excelencia humana con los resultados: un buen expediente, una carrera brillante, productividad, eficacia, reconocimiento; o la entendemos como una exigencia permanente de superación, como la obligación de estar dando siempre más. Ambas visiones de la excelencia no son las propias de nuestra institución, porque son insuficientes. La excelencia humana es mucho más profunda y exigente. En la tradición universitaria jesuita hablamos de excelencia humana integral: formar a la persona entera —inteligencia, afectividad, libertad, sentido ético, capacidad de relación y apertura a los demás—.

Me ha alegrado mucho cuando María Zazo ha formulado el lema clásico de educación de la Compañía de Jesús, “hombres y mujeres para y con los demás”, porque la excelencia no se mide únicamente por lo que uno logra, sino por para quién y para qué pone en juego sus capacidades. Por

supuesto que necesitamos competencia y rigor; sin ellos no podremos afrontar los problemas del mundo con seriedad, pero la verdadera excelencia comienza cuando ese talento se convierte también en servicio.

Graduarse también produce un cierto vértigo, porque fuera de aquí nadie os garantiza trayectorias lineales. Habrá incertidumbre, cambios, errores, fracasos, decisiones equivocadas. Ojalá que os hayamos enseñado en esta universidad que fracasar no convierte a nadie en un fracaso. Vivimos en una cultura que premia mucho la apariencia de seguridad, pero la vida adulta suele consistir en aprender a avanzar sin garantías completas.

Hay una escena de la novela Proyecto Hail Mary, de Andy Weir, que me parece especialmente iluminadora para un día como hoy. El protagonista, en un momento de la historia, descubre que es la única persona capaz de embarcarse en una misión para salvar la humanidad y, cuando llega el momento decisivo, responde con absoluta honestidad: “no soy suficientemente valiente”. Y entonces le dicen: “nadie es suficientemente valiente para algo así; tendrás que encontrar por quién ser valiente”. Vuestras familias, las familias que formaréis, las personas a las que cuidaréis, los alumnos a los que enseñaréis, los pacientes a los que atenderéis, las organizaciones que ayudaréis a transformar, las personas vulnerables cuya vida quizá cambie gracias a vuestro trabajo... El coraje rara vez nace de la ausencia de miedo; casi siempre nace del amor, la responsabilidad y el compromiso.

Por eso espero que vuestro paso por esta universidad os haya preparado no solo para tener una profesión, sino también para haceros preguntas importantes: qué tipo de persona queréis ser, qué clase de sociedad queréis ayudar a construir, a quién servirán vuestro talento y vuestro trabajo. No tengáis miedo de implicaros, participar, defender a quienes no tienen voz, involucraros en vuestra comunidad, en asociaciones, en iniciativas sociales, en proyectos honestos, en espacios de encuentro y reconciliación. El mundo cambia cuando alguien deja de ser espectador.

Tenéis la suerte de vivir en un momento extraordinario. La inteligencia artificial ha ampliado enormemente nuestras capacidades; puede

resumir, redactar, traducir, organizar información o ayudarnos a investigar con una rapidez impensable hace solo una década. Pero una herramienta no sustituye una formación, del mismo modo que la velocidad no sustituye el criterio ni la información sustituye a la sabiduría. Existe el riesgo de confundir la fluidez con la comprensión, la apariencia de conocimiento con el verdadero juicio personal. Ser competente no consiste solo en generar resultados aceptables; consiste en ser una persona capaz de buscar la verdad, hacerse preguntas difíciles, discernir y asumir la responsabilidad de lo que se dice y de lo que se hace.

Hay tareas que ninguna máquina podrá hacer por vosotros: leer con atención, sostener una duda, juzgar entre argumentos contradictorios, formar criterio, aprender a mirar la realidad con seriedad y profundidad. No hay atajos tecnológicos para convertirse en una persona cabal. Transformar el mundo comienza por transformar la propia vida: cada gesto de honestidad, cada decisión ética, cada acto de compasión, cada compromiso con la verdad fortalece el tejido común y humaniza nuestra sociedad.

La misión de la universidad ha sido invitaros a que seáis vosotros mismos la esperanza que el mundo necesita. La universidad no se mide solo por rankings ni por sus publicaciones ni por la belleza de sus edificios. Una universidad se mide sobre todo por la calidad humana de sus egresados: por las vidas que vais a transformar, por la justicia que ayudaréis a construir, por la honestidad con la que ejercéis el poder —mucho o poco— y por la compasión con la que miraréis a los demás. Sois vosotros los que vais a dar prestigio a la universidad.

Para finalizar, quiero invitaros a volver a esta vuestra casa. Volved no solo físicamente, sino también simbólicamente: volved a los valores que aprendisteis, a las amistades que habéis tejido, a los ideales que aquí se sembraron. Llevad ese recuerdo en vuestro corazón y en la mente, porque tener un lugar donde uno es conocido, donde tiene historia, donde puede reencontrarse, es uno de los dones más grandes.

Dice el Eclesiastés que hay un tiempo para cada cosa, y vuestro tiempo hoy es salir al mundo, porque el mundo os necesita. En la Curia General de los jesuitas en Roma, hay una estatua de San Ignacio con el lema *Ignem, inflammate omnia, "id y prended fuego al mundo"*. Cruzad ese umbral con alegría, con confianza, con coraje y, sobre todo, con corazones agradecidos.

Que cada paso que deis sea una respuesta viva a todo el bien que habéis recibido.

Muchas gracias y enhorabuena.